

moderno; pero nuestros lectores tendrán que seguirnos en varios artículos, pues el carácter y dimensiones de nuestro diario no nos permiten en un solo número exponer nuestras ideas á este respecto.

Nos proponemos refutar todas las acusaciones lanzadas contra el Patricio.

EL VERDADERO JUÁREZ

LA FIRMEZA DE LOS HOMBRES DE ESTADO.

De «EL IMPARCIAL»
Diario Metropolitano.

Agosto 30 de 1904.

Necesitamos antes de entrar á criticar, inculpación por inculpación, cargo por cargo, el libro del Sr. Bulnes, salir al encuentro de esa ola de denuestos que avanzan contra el autor de "El Verdadero Juárez." Y necesitamos salir al encuentro de ese impulso, en honor del ilustre ciudadano oaxaqueño, en nombre de su misma causa.

Se acusa al Sr. Bulnes de dejarse arrastrar por la pasión, y se le pretende contestar apasionadamente, y aun se llega á terribles violencias de lenguaje. Esto, volvemos á decir, perjudica la causa del Reformador.

Si un hombre emite un juicio erróneo, y aun un hecho falso, ni la Verdad ni la Justicia ganarán nada, sino por el contrario, perderán ante el criterio universal y la civilización, si á ese hombre se le arrastra, se le lapida ó se le crucifija. La Inquisición quemaba á los que negaban alguno de los dogmas impuestos por la Iglesia: los liberales que hemos admitido el libre examen, no podemos, sin renegar de nuestros principios, aceptar los procedimientos inquisitoriales.

Por fortuna, los partidarios de Juárez—del hombre que consagró su vida á destruir todos los fanatismos—tenemos bastantes hechos, bastantes pruebas, y procuraremos emplear bastantes razonamientos, para poner de relieve más aún de lo que está ya, la obra del

inolvidable patricio, de las acusaciones que encierra el libro del Sr. Bulnes. Esa obra ¡ni la hunde un libro ni le sirve de escudo un insulto! ¡Tan alta así se encuentra! ¡Deshonraríamos la memoria de Juárez si recurriéramos á la violencia!

Y dicho esto, entramos, desde luego, en materia.

*
*
*

La primera inculpación con que se tropieza al recorrer el libro, es la "inquebrantable debilidad de Juárez." El Sr. Bulnes, que juega habitualmente con la paradoja como un malabarista japonés, cree haber encontrado hechos suficientes para demostrar esta extraña afirmación, que de tal modo está reñida con la impresión general del carácter de D. Benito. ¿Como justifica el escritor este aserto?

Es muy sencillo: basta pasar revista á los actos de Juárez "como gobernante"—que no constituyen, después de todo, sino una faz, acaso la menos notable, de su carrera política—para encontrar en ellos graves contradicciones, inconsecuencias indiscutibles que lo exhiben—siempre en la opinión del Sr. Bulnes—como un hombre falto de energía, de voluntad de firmeza de convicciones.

Así, lo vemos ceder ante las exigencias del Ministro Pacheco; "erguirse como un eucaliptus para desgarrar el oprobioso tratado Zarco-Saligny;" vemos á Juárez "entrar en el terreno práctico, aunque escabroso, de las resoluciones urgentes, indispensables, racionales, casi desesperadas, resistiendo con brío el ímpetu desordenado y ciego de los diplomáticos predispuestos á la hostilidad, á la agresión;" vemos después á Juárez fino, sutil diplomático, estadista, sosteniendo las controversias que terminaron en el Convenio de la Soledad; "aparece después Juárez profundamente literario elocuente, arrogante, lógico, diplomático consumado, resuelto hasta imponer la verdad á fuerza de entereza, encarándose con el cuerpo diplomático encabezado por el infiel Mr. Corwin, y dominar con la razón con el gesto, con la palabra, y sobre todo, con la decisión de un magistrado incorruptible;" por último, "vemos después á Juárez, sin hacer nada, para pasar de una manera admirable á la defensa de la causa liberal en

el terreno diplomático bajo la influencia de dos grandes hombres, Don Sebastián Lerdo de Tejada y Don Matías Remero."

¿Son éstas pruebas de la "inquebrantable debilidad de Juárez?" Lo cree así el Sr. Bulnes; nosotros decimos: no!

* *

La firmeza de carácter de un hombre público no se mide por lo que aparece como inconsecuencias suyas. Los estadistas—lo sabe muy bien el Sr. Bulnes—no son proyectiles que están obligados á recorrer una trayectoria fatal é ineludible. Los grandes políticos—lo sabe también el autor de "El Verdadero Juárez"—no son rectilíneos, inflexibles, rígidos, desde el momento en que la política no es más que "la ciencia de lo posible en vista de lo probable."

La rigidez y la inflexibilidad son precisamente la característica del jacobino y — nada nuevo decimos tampoco al Sr. Bulnes—los jacobinos no han sido hombres de Estado ni hombres de gobierno. Las inconsecuencias de Juárez "como gobernante" no son pruebas de su debilidad de carácter.

Tomemos dos gobernantes de carácter de extraordinaria energía: Bismark (el "Canciller de Hierro") y Don Antonio Cánovas del Castillo. Y bien, estos dos hombres, á quienes no se podría inculpar falta de energía—ofrecen notables ejemplos de "debilidades" análogas á las que el Sr. Bulnes piensa encontrar en Juárez.

Bismarck riñe primeramente con los católicos, los enamora más tarde y se contenta al cabo con ellos; se ceba con los proteccionistas, los repudia, va y viene entre las distintas fracciones políticas como una pluma que, en la apariencia, agita el menor soplo. "Desde el momento en que el interés del país exige que me contradiga—dijo alguna vez, "no vacilo en reconocer mi error y volver sobre mis pasos." [H. Welschinger, Bismarck].

Don Antonio Cánovas del Castillo, inaugura la restauración de Don Alfonso XII con un régimen de intransigencia obstinada y violenta; nada ni nadie puede hacerlo ceder; es un carácter, lo reconocen así sus

mismos adversarios; es una voluntad, lo afirman hasta sus enemigos. Y vemos á Cánovas del Castillo, el "monstruo" de soberbia é intolerancia, ceder al partido liberal y aceptar en su programa de gobierno las reformas hechas por el partido que tenía enfrente. ¿Dieron muestras de debilidad estos dos estadistas considerados, con justa causa, como dos de los espíritus más firmes que se han impuesto—es la palabra—en el gran movimiento político del siglo XIX?

Aquí, en estas mismas columnas, el Sr. Bulnes ha defendido al General Díaz—y nosotros lo hemos secundado en esta saludable tarea—de las inculpaciones que algunos órganos jacobinos han dirigido al actual Presidente sobre sus "inconsecuencias políticas:" falta de cumplimiento del plan de Tuxtepec.

Y en este debate el Sr. Bulnes ha sostenido la doctrina, eminentemente positiva, la única que puede servir de base á todo programa político serio y consistente, que un estadista tiene que ajustar ese programa á las necesidades, sumamente variables, del agregado. Es muy extraño que el Sr. Bulnes, víctima personal de esas mismas inculpaciones de inconsecuencia, proclame en su libro el estancamiento, la inmovilización de las ideas y de los criterios que norman la marcha de un gobernante.

* *

Los fisiologistas distinguen la voluntad como poder de impulsión y como poder de detención. El temperamento del Sr. Bulnes no se presta á apreciar bien esta manifestación de la voluntad, tan activa y poderosa como la primera. Hay tanta energía, tanta fuerza de voluntad, tanto carácter, quizá más, en soportar las adversidades, como en protestar y debatirse contra ellas. Bastaría el ejemplo que Juárez nos ha dado en días de prueba [y si el Sr. Bulnes no estima que lo fueron los de la Intervención, le recordaremos los de la reforma], para clasificarlo como un hombre de carácter.

Juárez como gobernante no puede evadirse de la ley general á que están sujetos todos los gobernantes. La voluntad se halla fija en una idea, en un fin, en un resultado (lo probable) y para llegar á ese resul-

tado, á ese fin, á esa idea, es preciso ceder la mayor parte de las veces, en política, á las fuerzas que le son hostiles; es decir se hace lo posible, dentro del medio en que se actúa y con los elementos de que se dispone.

El Sr. Bulnes lo ha dicho alguna vez: "Aceptamos la inconsecuencia personal, PERO NO ACEPTAMOS QUE LOS QUE HABLAN DE ELLA PRETENDAN HACER LA HISTORIA."

Por lo demás, el Sr. Bulnes no se muestra muy convencido de la "inquebrantable debilidad" de Juárez, cuando al formular sus "Conclusiones," al finalizar la obra, escribe: "le faltaban (á Juárez) nervios, como las piedras, y sin embargo le SOBABA VOLUNTAD... etc. (Pág 856). Si, pues, le SOBABA VOLUNTAD, ¿cómo se explica su "inquebrantable debilidad?"

En el curso de esta refutación tendremos oportunidad de acumular infinidad de hechos importantes que demuestren, más todavía, la firmeza de carácter de nuestro gran Repúblico.

JUAREZ

De «EL OBRERO»
Bisemanal de León, Gto.

Septiembre 1^o de 1904

«El Verdadero Juárez» se llama la última producción del Sr. Ingeniero Don Francisco Bulnes, con que acaba de formar un volumen que ha comenzado á publicarse.

Ayer el Sr. Bulnes, sobre la tumba de Juárez, en unión de valientes militares y hábiles políticos, luchadores intransigentes de la Reforma, firmaba una iniciativa dirigida al H. Ayuntamiento del Distrito Federal, en el cual se pedía la derogación al acuerdo de permitir los cultos externos en honor de una entidad del homenaje católico.

Posteriormente, el propio Sr. Bulnes, publica otro libro que intitula «Las grandes mentiras de nuestra

historia» en que se propone falsear hechos ya recogidos en el campo de batalla, ya reconocidos por plumas de significación, de criterio, y lo que es más, de sana imparcialidad.

Hoy, como entonces, pretende que sus argumentos exangües, que sus sofismas y sus razonamientos depravados, encuentren eco entre el partido enemigo del progreso, de la civilización, del Código fundamental, que costó torrentes de sangre. Lo logrará tal vez, porque se cree que ese libelo, aborto de un cerebro desorganizado, es obra subvencionada del elemento que en días aciagos y de pena para la Patria, trajo la guerra extranjera, queriendo que rigiera la monarquía absoluta.

El Sr. Bulnes se escuda bajo la sombra augusta del Partido Nacionalista, para arrojar el insulto procaz, preconcebido, malicioso, ante el mártir indomable ante el filósofo constituyente, ante el héroe de la Reforma, Lic. D. Benito Juárez.

Tal osadía, granjea al Sr. Bulnes el epíteto de mal mexicano, de conservador hipócrita, de juzgador transfuga y venal.

Y conducta tan reprochable, pregona á fuertes gritos á los dignos miembros del Partido Nacionalista y á los buenos patriotas que pretenden la observancia del espíritu de las Leyes de Reforma, que pidan la expulsión del Sr. Bulnes, del seno de esa agrupación, de la cual tenemos pendientes nuestras miradas, en espera de que allí dimané el ejemplo, para el buen régimen de las demás instituciones sociales.

Util es el estudio crítico de la historia, cuando ese estudio tiene por base la aproximación de los hechos, y lo norma la imparcialidad. Pero cuando se pretende falsear la historia, adulterar los acontecimientos, para poner de manifiesto el odio á la Patria, al Ejército, se llega á incurrir—por falsedad consciente—en graves delitos de lesa nacionalidad.

El odio personal á la figura del Sr. Juárez, ha hecho abortar del magín calenturiento de Bulnes, todo el fiemo que existe en su corazón reaccionario, de hombre infidente á su credo.

El hambre, la miseria, ha hecho que Bulnes, como se dice, por un relumbrón, proporcione materia á cier-

tos escritores pagados, para que dirijan sus tiros, como en épocas anteriores, á esa figura indestructible.

No ha sido aun estudiado detenidamente el libro de Bulnes, y ya algunos caracterizados miembros de la prensa mexicana, han dado un solemne mentís al libelo, pasto agradable del elemento reaccionario.

Nos extraña que se hayan abstenido de hacer cosa igual: «El Mundo», «El Imparcial» y otros periódicos de reconocido criterio liberal.

Un imposible pretende el autor de «El Verdadero Juárez», al querer destruir las virtudes características del Benemérito, que siempre han tenido, no sólo la aprobación, sino también alabanza de cerebros prominentes en la crítica de la historia.

Mucho sentimos que una casa extranjera, editora del libro repetido, que ha hecho su fortuna en México, retribuya con ese pago á la hospitalidad de este suelo. Esa casa se llama «Vda. Bouret».

«El Obrero», pequeño miembro de la prensa mexicana, une su voz aunque débil, á la de sus colegas y á la de los patriotas del día, para dirigir un solemne mentís á las falsedades de Bulnes. ¡Que este Señor He-gue algún día á comprender, que los que profesamos un credo, por convicción, estamos dispuestos á rechazar con energía, las adulteraciones de los estultos, que por fines bastardos, con toda su libertad moral, con sólo una plumada, tienen la necia pretensión de mancillar glorias tan merecidas como la de Juárez!

BULNES Y SU OBRA.

De «EL MUCHACHO.»
Mensual de Tula, Tam.

Septiembre 1^o de 1904.

Don Francisco Bulnes ha escrito una obra que ha titulado «El Verdadero Juárez» en la que trata de hacer caer de su glorioso pedestal al ilustre Ciudadano que peregrinando por los áridos desiertos de Chihua-

hua y las ardientes costas veracruzanas, promulgó leyes que hicieron temblar á los poderes europeos; que adelantándose á su época, rompió las cadenas con que el clero romano tenía sujeto el pensamiento de los ciudadanos y el progreso de México; que con su energía convirtió de ilusorios en reales los derechos del ciudadano, é hizo que el mundo entero respetara los derechos de México.

Juárez ha sido considerado siempre como el primer gobernante en la América latina y su nombre es respetado desde la fría Greenlandia hasta el ardiente Cabo de Hornos, y á México tocó la desgracia de producir el primer blasfemo, el judas que alimentándose con el pan de la República, trata de opacar con su asqueroso vaho los brillantes resplandores de merecida gloria que circundan la frente del Benemérito.

La reputación de Juárez es universal y no está al alcance de la calumnia, por lo que el audaz calumniador Bulnes está recibiendo á diario la recompensa de su obra, en el salivazo que en forma de protestas de todos los ámbitos del país le arrojan los liberales.

Bulnes debe ser juzgado como traidor á la patria y como calumniador del más conspicuo de los gobernantes de México porque su obra no tiene más objeto que causar á Juárez deshonor y descrédito y exponerlo al desprecio público. Las Cámaras de la unión constituidas en Gran Jurado deben desaforar á Bulnes y ponerlo á disposición de los tribunales para que sea juzgado; la opinión pública ha condenado ya su proceder y justo es que la ley se cumpla, primero, expulsándolo de las cámaras federales, después aplicándole las penas á que se ha hecho acreedor y por último arrojándolo del país por indigno de pisar la tierra de Juárez; que vaya á países extranjeros á mendigar un pedazo de pan, y tierra para sus restos; pero que no diga que es mexicano, porque no habrá quien se lo crea; la exhuberante tierra mexicana no produce ingratos de su talla y á los traidores los expulsa y los desprecia.

JUAREZ.

La Intervención Francesa y la Americanización de México.

De «LOS SUCEOS.»
Diario Metropolitano.

Septiembre 1^o de 1904.

Después de publicado nuestro artículo "El Presidente de Hierro" y después de leer la obra notable de Bulnes, hemos resuelto seguir tratando y considerando la grandiosa labor administrativa del Benemérito de América, para contradecir con documentos y con razones las procaces afirmaciones de un científico.

El Señor Pereyra en su libro "De Barradas á Baudín," que parece ser una respuesta convencional á otro libro del mismo Bulnes "Las grandes mentiras de nuestra Historia," como para disculpar su falta, su carencia absoluta de sindéresis al mencionado autor, cree, ó aparenta creer que hay en ese individuo dos personalidades: el tribuno y el historiador. Y, no es ni tribuno de plazuela, ni historiador de libros de texto para las escuelas primarias del infeliz de Don Justo.

Si no es vulgar, á lo menos es conocida por todas las generaciones que desde hace cuatro lustos cursa en las aulas, la famosa versión de que Napoleón el Pequeño, como le llamó Victor Hugo, por no denominarle "El Imbécil," influenciado por el gobierno español,—que dejó de soñar con la reconquista de América, después de los combates navales de Cavite y de Santiago de Cuba—tuvo la idea de hacer de México, un grande y poderoso Imperio latino-americano, capaz de hacer la competencia á los Estados Unidos representantes de la raza sajona en el Mundo de Colón.

Tal idea, hasta cierto punto, no era muy descabellada. Pues, tal vez cambiando de esa forma de gobierno—inaceptable para cualquier pueblo americano, con exclusión del Brasil—y aceptando y reconociendo la administración de Juárez, se hubiese podido constituir aquí una gran República rival de los Estados Unidos,

antes, poco antes que la Francia, hecha República, entorpeciera los destinos de la pérfida Albión.

¿Quién sabe de nuestro porvenir y de nuestra grandeza!!!! Si Juárez con su inquebrantable fuerza no lleva hasta Paso del Norte la República, si no vence con los soldados mexicanos, nada más, en los campos de batalla, si Seward, vidente del verdadero pensamiento europeo, no gasta en la diplomacia toda la salva de sus notas y si Napoleón, es decir, el nuevo Imperio Napoleónico, no se rinde en Metz y en Sedán, teniendo de Soldados, el mismo número de habitantes que esta ciudad de México. ¿Quién sabe de nuestro porvenir y de nuestra grandeza!!!!

Contra esa injusta é imperativa dominación francesa se irguió muy alto, más alto que las cumbres de los Andes la inmensa personalidad de Juárez, que tenía fé en nuestra nacionalidad y esperaba que triunfase la causa, esa nobilísima causa, que representaba. Empero, su triunfo ha sido fustigado; y aun infructuoso.

Juárez pretendió hacer de México un país libre, grande y respetable por todas las naciones, sin contar con influencias extrañas, y acogiendo por lema, la frase que parodia la doctrina "Monroe" y que sirve de epígrafe, á un periódico liberal: *México para los Mexicanos.*

La victoria no ha sido coronada, ni lo será nunca. Hubo un Juárez, que se opuso á que nos *europaizáramos*, pero no hay ninguno que se oponga á que nos *americanicemos*. Todavía hay un Bulnes que opina porque la línea divisoria con los Estados Unidos no debería concluir en Bravo, sino en Belice.

A la inquebrantable firmeza de Juárez debemos que se nos haya quitado de encima toda influencia del Viejo Continente. Este es un hecho que nadie, ni el mismo Bulnes pone en duda. En cambio, no habiéndose llevado á debido efecto el pensamiento robusto, que palpita en esta frase de Don Sebastián Lerdo de Tejada: *entre la debilidad y la fuerza, el desierto;* México, ha cedido con suma docilidad al progreso impuesto por los Estados Unidos; y, hace veinte años que nos estamos *americanizando*.

El partido científico ha estado de parte de la americanización por las pingües utilidades que ha reportado, y ese mismo partido ha propalado por medio de su ór-

gano oficial, que esto ha sido un gran beneficio para la Nación Mexicana y que ha sido, más todavía, una imperiosa necesidad para el progreso.

Empezamos por negar tal progreso. Las empresas americanas que se han adueñado de los grandes negocios de nuestro país, se llevan al extranjero el asombroso producto, y solamente nos dejan el pago de los impuestos y el miserable jornal con que se retribuye á *nuestros pobres indios*, que á esos, ni se ha pensado en *americanizarlos*.

No necesitábamos del capital yankee para engrandecernos. Prueba: En el Estado de Yucatán no hay un peso extranjero en ninguna negociación, y tiene Bancos, ferrocarriles, crédito, trusts, en una palabra, todo aquello que marca un progreso real y efectivo. ¿No pudo hacer el resto de la República lo mismo que Yucatán? Si, sí pudo; pero además de nuestra indiosin-cracia, acabó por resignarnos á la imposición yankee, la idea científica expresada anteriormente. ¡Oprobio á este grupo miserable y traficante!

Los intereses americanos en México, nos colocan en condiciones de que los Estados Unidos ejerzan sobre nosotros una egemonía, que diariamente se hace más intolerable; y, Dios quiera que no se nos arrastre más tarde á una revolución ó al sacrificio de nuestra nacionalidad.

Si se hubiese continuado el pensamiento de Juárez, no correríamos estos riesgos, aunque no tuviéramos tanto progreso, *progreso que no nos pertenece*.

¡Cómo no ha de ser grande Juárez, si él nos libró del influjo europeo! ¿Quién nos ha librado del influjo americano? Nadie, antes al contrario, se nos ha vendido por un puñado de pesos. Esta es la obra de los científicos; para cohonestar su traición, para que no descuelle el Benemérito, para que no se les castigue por su perfidia, lo mancillan y lo insultan. Pero, á Juárez lo tiene el amor patrio en la excelsitud y los mexicanos ya tenemos *tatuados* á los científicos, que se manifiestan por boca de Bulnes, para conocerlos y castigarlos el día de las grandes redenciones, porque, como dijo un impulsivo:

¡Alboreará un Thermidor!!

LOS EMPLEADOS —DEL— FERROCARRIL CENTRAL

PROTESTAN TAMBIEN—SE ADHIEREN AL MANIFIESTO DEL RITO NACIONAL MEXICANO.

Do «Los Sucesos»
Diario Metropolitano.

Septiembre 1^o de 1904.

Seguramente que nuestros lectores habrán leído ya la protesta que ayer hizo circular el Rito Nacional Mexicano, y esto nos releva de publicarla ahora que los empleados del F. C. Central, en su sección de pasajes, se han adherido á esa protesta según nos manifiestan en la siguiente carta:

México, Agosto 30 de 1904.

Sres. Redactores de "Los Sucesos."

Muy señores nuestros:

Los que suscribimos, verdaderos mexicanos, amantes de nuestra patria y liberales por convicción, suplicamos á Udes., atentamente se sirvan dar publicidad, en su valiente y popular diario, á la protesta adjunta, (se refiere á la del Rito Nacional Mexicano) la que hacemos nuestra en todos sentidos.

Al mismo tiempo, hacemos á Udes. publica nuestra sincera simpatía por su patriotismo, así como hacemos público también nuestro más alto desprecio para Bulnes, individuo que merece ser arrojado de la representación nacional y desprovisto de todo cargo público.

Empleados de la Sección de Pasajes del F. C. Central Mexicano:

Pedro Ferreire.—Dionisio Stevenel.—Francisco S. González.—Julio D. García.—Eduardo P. González.—Alfonso Mejía.—Eugenio L. Guerrero.—Luis Llamas.—Javier Liceaga.—Carlos R. García.—Alberto Pastor.—José Otamendi.—Joaquín P. Perdomo.—Nicandro García.—Luis Argoitia.—Enrique Kurezyn.—Alberto del Castillo.—José Bussón.—Salvador M. Herrera.—

Alfredo Mateos.—Antonio C. Rocha.—Librado Pacheco.—Manuel Ortiz.—Manuel Silva.—Ramón Cómez.—Manuel A. González.—Alfredo Rendón.—Leonardo Olmedo.—Enrique M. Pinillos.—Felipe Mejía.—Alberto Fernández y Monterde.—José C. Rodríguez.—Miguel Cossío Stevenel.—Miguel Lara.—Rodolfo de la Torre.—Carlos González Caballero.

FIRMAS DE LA PROTESTA DE LOS LIBERALES DE TACUBAYA

De «Los Sucesos»,
Diario Metropolitano. Septiembre 1º de 1904.

Julio Pérez.—Pedro Rosas G.—Ignacio Guerrero.—Nicanor Fuentes.—Jorge Arteaga.—Emilio Trejo.—Cayetano Guerrero.—Adalberto Guerrero.—Nicolás Cuellar.—Apolinar Olguín.—Pablo Torres.—Margarito Sánchez.—Blas Torres.—Felipe Hernández.—Jusús Fuentes.—Apolinar Zúñiga.—Víctor Zúñiga.—Pablo Fuentes.—Norberto Olvera.—Pedro Trejo.—Germán F. Colín.—Ambrosio Zúñiga.—Francisco Olvera.—Herminio Torres.—Florentino Abreo.—Maximiliano Fuentes.—Tranquilino Fuentes, Srío.—Cenobio C. Arciniega Srío.

Las anteriores firmas calzaban la protesta de Tacubaya en contra de Don Francisco Bulnes.

UN RASGO INMENSO DE JUAREZ.

De «Los Sucesos»,
Diario Metropolitano. Septiembre 1º de 1904.

Ahora que el infame libelo escrito por Francisco Bulnes, ha levanto torbellinos de indignación y protesta en todos los corazones patriotas, nos parece oportuno reproducir un artículo publicado hace algún tiem-

po en los periódicos de esta capital, y que pone de relieve la grandeza é incorruptibilidad del patricio, en aquella famosa *degringolade* política que se llamó el Golpe de Estado de Comonfort. El autor de éste artículo es el Sr. Manuel M. Agoitia, y aunque la forma del escrito sea un tanto novelesca, la esencia y el fondo son rigurosamente históricos, y da, como otros muchos escritos acerca de D. Benito, el más solemne mentís á las aseveraciones y diatribas envenenadas que contiene el libro de Bulnes, ya tristemente célebre.

El día 16 de Diciembre de 1857, á eso de las cinco y media de la tarde, un hombre severamente vestido de negro, es decir, con el traje propio de un diputado en ceremonia oficial, un hombre que pasaba de los cincuenta y en cuyos rasgos fisonómicos se advertían esos detalles característicos de la raza indígena; de mirada fría y penetrante, sereno y solemne como una personificación del Destino y en cuya amplia frente se acumulaban las sombras densas de una meditación profunda, aquel hombre decimos, y á aquella hora, en aquel propio día del año de 1857, paseábase lenta y silenciosamente á lo largo del espacioso y espléndido salón de espera que antecedia al gabinete despacho del Supremo Magistrado de la Nación Mexicana en el Palacio del Poder Ejecutivo. El hombre que así se paseaba decía estas palabras con voz apagada como hablando consigo mismo:

—Ignacio quiere arrastrarme en esta intriga, en esta tenebrosa aventura, en este crimen... Pero, no, ¡jamás! ¡jamás! Yo soy lo incorruptible, lo verdadero, lo legal... yo soy la lógica y la razón fría y serena, yo soy la notación matemática en el enunciado del problema político... El, es lo indeciso, lo frágil, lo deleznable, lo dúctil, lo fantástico, lo quimérico. Yo soy el silogismo y él es el sofisma... Yo soy la firmeza inmutable, la roca enhiesta é incommovible de Gibraltar... él es el vaivén, él es la ola inmensa que me acomete y quiere arrastrarme al fondo del abismo en esta maniobra indigna... ¡pero jamás podrá arrancar mi consentimiento, y lo dejaré que corra su suerte, puesto que él se empeña!

En esto, se corrió un portier de rico damasco y apa-